

Revista de Libros

La vida de Chéjov revela la admiración de Irène Némirovsky por el escritor ruso y, al mismo tiempo, constituye un retrato de época, un texto de crítica literaria y un agudo examen de caracteres y personalidades. Publicado por primera vez en Francia en 1946, el libro aparece ahora bajo el sello Salamandra y ya está disponible en Chile.

MARÍA TERESA CÁRDENAS MATURANA

Es imposible saber si Irène Némirovsky hubiera abordado la biografía de otro escritor en caso de haber podido vivir más años. Lo único cierto es que en julio de 1942, cuando la autora judía ucraniana fue arrestada en su refugio de Issy-l'Évêque —donde hoy existe una placa que la recuerda— y poco después deportada a Auschwitz, ya tenía corregido el manuscrito de *La vida de Chéjov*; incluso, dos años antes había dado a conocer un largo fragmento de este en la revista *Les Oeuvres Libres*, según consigna la escritora y crítica literaria española Mercedes Monmany en el prólogo de esta edición en castellano, publicada por Salamandra y ya disponible en Chile.

El libro en el que Irène Némirovsky recorre la vida y la obra del escritor ruso, nacido en 1860 en la entonces empobrecida ciudad costera de Taganrog, debía aparecer en 1942 en Francia. Pero la aciaga realidad dijo otra cosa. Aunque esa fue la patria de adopción de la escritora y de su familia desde 1919, y pese a las voces que se levantaron para pedirlo, el régimen de Vichy le negó una y otra vez la nacionalidad francesa, que podría haberla salvado de la prisión y la muerte. En cambio, después de un mes de padecimientos en Auschwitz, murió de tifus. Las gestiones de su marido, Michel Epstein, para lograr su liberación no solo resultaron infructuosas, sino que él mismo fue detenido y deportado a Auschwitz en octubre de ese año y asesinado en las cámaras de gas en noviembre.

Irène Némirovsky tenía entonces 39 años. Había nacido en Kiev en 1903, un año antes de la muerte del escritor y dramaturgo ruso Antón Chéjov, a quien leyó con devoción y entusiasmo. Con esa admiración y también con rigurosidad —aunque hay discrepancias en algunas fechas— se embarcó en la construcción de su biografía, mientras escribía sus cuentos y novelas. Hacia 1940, tenía escritos dos tercios de la obra y contaba con un alto prestigio literario, cimentado en su novela *David Golder*, de 1929. A esta se habían ido sumando *El baile*, *El caso Kurilov* y *Jezabel*, entre una decena de títulos. Libros que deslumbraron al mundo recién a partir del redescubrimiento de la autora, en 2004, con la publicación de *Suite francesa*, una de sus obras póstumas, y desconocida hasta entonces.

Finalmente, *La vida de Chéjov* se publicó en 1946. El prólogo de esa edición, cuenta Mercedes Monmany, estuvo a cargo del dramaturgo y novelista Jean-Jacques Bernard, quien “había sido capturado en la redada del 12 de diciembre de 1941, contra 743 ‘personajes notables judíos’, casi todos con nacionalidad francesa”. Bernard tuvo mejor suerte que ella y escribió con pesar: “Arrancada para vivir de su tierra natal, sería arrancada para morir de su tierra de elección”.

“Infancias robadas”

En menos de 200 páginas, quizás como un homenaje al genial autor de piezas breves, Némirovsky entrega también un retrato de época, un texto de crítica literaria y un agudo examen de caracteres y personalidades. Es evidente la identificación de la autora con el biografiado, a pesar de haber tenido vidas tan diferentes: ella, hija única de una adinerada familia judía ucraniana que debe huir de su tierra después de que la revolución bolchevique le pusiera precio a la vida del banquero León Némirovsky, su progenitor. Antón Chéjov, tercer hijo —de seis— de una familia pobre encabezada por un padre extremadamente religioso, pero maltratador, autoritario y grosero. Ya desde el título de su prólogo, sin embargo, Mercedes Monmany habla de “vidas paralelas”. Y fundamenta: “Una de las cuestiones principales, que atañía directamente a su biografía, por la que estos dos escritores de distintas épocas estarían unidos, sería la infancia. Infancias desgraciadas, ‘infancias robadas’ —como diría Irène— de niños no queridos”.

Némirovsky se pone en los ojos de ese niño que trata de entender su entorno: “Pocos días antes, Antón le había preguntado a uno [de los ‘otros niños, más mimados’]: ‘¿Te azotan a menudo en tu casa?’”. Y el niño había contestado: ‘Nunca’. O era un mentiroso... o la vida era realmente extraña”.

A partir de esos primeros años en Taganrog, donde comparte con su familia una casa miserable, la vida de Antón Chéjov se va desplegando ante el lector a través de escenas reveladoras en las que se transluce la crítica sutil y la ironía de la autora de *Suite francesa*. Por ejemplo, cuando describe la ciudad, construida frente al mar de Azov. “Poseía ‘una calle europea’, decían con orgullo sus habitantes. ¿Acaso no se veían edificios de tres e incluso cuatro plantas, un teatro y comercios? Habría costado encontrar un solo letrero escrito sin faltas de ortografía, pero ¿a quién le importaba eso? En cambio, las aceras y la calzada estaban pavimentadas a lo largo de un centenar de metros; no todas las ciudades de Rusia podían presumir semejante prosperidad”. O cuando habla del lugar donde llevaban a los criminales, para ejecutarlos: “Los espectadores sentían más compasión por el culpable que repulsa contra el crimen, de acuerdo con la tendencia natural del pueblo ruso”.

Cómo pudo surgir este genio de la literatura en ese ambiente tan poco refinado y hostil es una interrogante que recorre el libro y que evidencia la



FRANCISCO JAVIER OLEA

RESCATE EDITORIAL | Libro póstumo

Chéjov y Némirovsky: finos observadores de la naturaleza humana

“Observar y escribir de prisa, la ley del periodista, agudizó la visión de Chéjov y lo dotó de una agilidad mental prodigiosa”, escribe Némirovsky.

Cómo pudo surgir este genio de la literatura en un ambiente tan poco refinado y hostil es una interrogante que recorre el libro y que evidencia la admiración de la autora por su personaje.

Némirovsky nació en Kiev en 1903, un año antes de la muerte del escritor y dramaturgo ruso Antón Chéjov, a quien leyó con devoción y entusiasmo.

admiración de la autora por su personaje. “Antón había nacido risueño, vivaracho y burlón, pero no podía ser totalmente feliz. Por instinto amaba la delicadeza, el buen humor, la amabilidad, mas a su alrededor todo era grosero y áspero”, escribe. También sus hermanos mayores tenían talento artístico, pero ninguno contaba con la perseverancia, la voluntad, el esfuerzo de Antón, características que además lo llevaron a convertirse en médico.

Némirovsky asegura que “su verdadera pasión era el teatro”. Siendo apenas un adolescente, “escribía tragedias y farsas”, y junto a sus hermanos Alexander y Nikolai “hizo teatro como aficionado”. Acerca de sus relatos, que escribiría por cientos y con una facilidad asombrosa, la autora establece que en 1880, cuando ya se encuentra estudiando en Moscú, aparece en un “periodiquillo humorístico” la “Carta a un vecino erudito”, que “es con toda seguridad la primera obra impresa de Antón Chéjov”, aunque firma como “Antocha Chejonte”. Más que la publicación, lo que le importa es que le paguen: la precariedad económica de su familia lo persiguió hasta su muerte, a los 44 años, y nunca olvidó la frase del padre, que obligaba a sus hijos a trabajar para él: “Papá y mamá tienen que comer”.

“Más vale que pase hambre”

Sorprende cómo en tan pocas páginas Némirovsky logra delinear la figura de Chéjov, describiendo también su época y su relación con otros escritores. Fundamental, en este sentido, es la carta que Dimitri Grigoróvich le envía en 1886, donde lo impele a firmar con su verdadero nombre y a tomarse en serio su talento. Las palabras de Grigoróvich, que significan un gran espaldarazo para el escritor, tienen sentido hasta hoy. “No se precipite. Desconozco su situación económica; si es usted pobre, más vale que pase hambre, como la pasamos nosotros en otros tiempos. Reserve sus impresiones para una obra pensada, madurada, escrita no de un tirón, sino durante las benditas horas de la inspiración”.

La larga respuesta de Antón Chéjov es conmovedora. “Las personas que me rodean nunca se han tomado en serio mi trabajo de escritor ni han cesado de aconsejarme amistosamente que no cambiara una verdadera profesión por mis garabatos (...) Tras cinco años de vagabundeos por las revistas, he acabado aceptando esa opinión general sobre mi insignificancia literaria”.

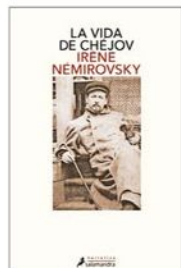
Para Irène Némirovsky, “la carta de Grigoróvich hizo algo más que emocionarlo, gustarle o allanarle el camino: lo ayudó a conocerse”. Y afirma: “De pronto todo había cambiado. Ya no bastaba con ser honrado, animoso y trabajador. La

carga del talento había caído sobre los hombros de Antón”. Sin ocultar su admiración, la autora dice que “para escribir relatos se necesitan cualidades que Chéjov poseía de nacimiento: sentido del humor (...); pudor (...); y por último, economía de medios, sin duda resultado directo del pudor”. Destaca en ese sentido su experiencia temprana como reportero: “observar y escribir de prisa, la ley del periodista, agudizó la visión de Chéjov y lo dotó de una agilidad mental prodigiosa”. Y frente a la comparación que algunos críticos rusos, para halagarlo, hacían con Maupassant, Némirovsky dice que muy a menudo los relatos de Chéjov “parecen mecanismos impecables, mientras que las narraciones de Chéjov son seres vivos, con sus defectos y cualidades de seres vivos: la imperfección humana y la misteriosa vibración de la vida”.

En los años siguientes, Antón Chéjov publica su novela *La sala número seis* (1892), que para Némirovsky señala el momento en el que su autor “rechaza definitivamente” la influencia del gran León Tolstói. También de ese período de madurez son sus más celebradas obras teatrales, cuyos estrenos no siempre fueron exitosos: “La gaviota”, “Tío Vania”, “Las tres hermanas” y “El jardín de los cerezos”, todas ellas llevadas a las tablas por el Teatro de Arte de Moscú, creado a partir de la fusión de la escuela dramática de Nemiróvich-Dánchenko y la Sociedad del Arte y la Literatura, fundada por Stanislavski.

Chéjov había tenido muchas amistades femeninas, apunta Némirovsky, pero el escritor defendía su libertad interior. “Era tan reservado, tan retraído, tan pudoroso, que con él las mujeres se sentían en un terreno movedizo y sembrado de trampas. Todos los héroes de Chéjov aman a medias o se defienden del amor, y él se parecía un poco a ellos”. Sin embargo, frente a Olga Knipper, una de las actrices de la compañía, Chéjov bajó la guardia: se casó con ella en 1901, cuando la tuberculosis que contrajo a los 20 años ya venía a cobrar su cuenta. Némirovsky cierra con las palabras de Olga: “Antón Pávlovich se sentó y, con cierta solemnidad, le dijo al médico (hablaba muy mal alemán): *Ich sterbe*, ‘me muero’. Luego cogió la copa, volvió el rostro hacia mí, esbozó una de sus maravillosas sonrisas y añadió: ‘Hacia mucho tiempo que no tomaba champán’. Poco a poco se lo bebió todo, hasta el fondo. Luego se tendió lentamente sobre el costado izquierdo”. Era el 17 de julio de 1904 y el matrimonio se encontraba pasando una temporada en el balneario de Badenweiler, en la Selva Negra.

Ochenta años de la trágica muerte de Irène Némirovsky, *La vida de Chéjov* permite conocer la admiración de una escritora judía ucraniana hacia un escritor ruso. Dos genios de la literatura universal.



LA VIDA DE CHÉJOV
Irène Némirovsky
Traducción de José Antonio Soriano Marco.
Salamandra, Buenos Aires, 2022, 188 páginas, \$14.000.
BIOGRAFÍA